

**María Bibiana Benítez. *La cruz del morro. Episodio de la historia de Puerto Rico en el año de 1625 en que los holandeses tomaron la plaza. Drama en dos actos-1862. Ensayo preliminar de Nívea de Lourdes Torres Hernández. Edición de Instituto de Literatura Puertorriqueña, Colección hallazgos y encuentros-5., 2018.***

*Mario O. Ayala Santiago, Ph. D.  
Investigador Auxiliar II  
Seminario Federico de Onís*

Ha llegado al Seminario de Estudios Hispánicos una nueva edición de la obra teatral: *La cruz del Morro*, de María Bibiana Benítez, como uno de los esfuerzos del Instituto de Literatura Puertorriqueña por recuperar y mostrar al público en general un texto fundacional de nuestra literatura. Esta edición tiene la virtud de la recuperación íntegra de una obra teatral de corte histórico que se toma como punto de partida en los libros de historia de la literatura puertorriqueña. El libro presenta un problema de diagramación con respecto a la forma en que se presenta el estudio introductorio de la Dra. Nívea de Lourdes Torres, pues en ocasiones parece que está dividido. No obstante, el mismo explora las distintas vertientes críticas alrededor de la obra y certeramente ha incluido las interpretaciones históricas sobre la invasión holandesa y la toma de la ciudad de San Juan por (Boudewijn Hendricksz) Balduino Enrique, lo que resulta significativo tanto para la génesis del texto como para el acercamiento teórico.

Las relaciones entre la literatura y la historia han propiciado múltiples investigaciones y teorías. En términos generales, podríamos decir que son dos caras de una misma moneda, sobre todo desde una amplia perspectiva de las ciencias humanas y el arte. Ambas están unidas por la experiencia humana, aunque el manejo del lenguaje y la intención establezcan claras diferencias formales, pero nunca una separación total. El manejo de los discursos en las referidas materias implica las interpretaciones de los hechos humanos en el más amplio sentido en conjunto con las ideologías. Una de las diferencias fundamentales entre la historia y la literatura es que

la primera busca establecer una interpretación del hecho histórico como verdad objetiva. Por lo cual, desde una perspectiva tradicional y científica, se amparará en diversas fuentes documentales para legitimar la misma. De otra parte, la literatura tiene la capacidad de establecer una verdad textual que no necesariamente corresponde a una realidad empírica, pero que puede, y, como en este caso, toma un mismo hecho histórico alrededor del cual se construye y establece una verdad artística.

El estudio de la Dra. Nívea de Lourdes Torres hace un recuento biográfico en el contexto de la época para establecer como dato importante las condiciones que rodean el proceso de escritura, tanto de la obra teatral como de la obra poética de Benítez. De la misma manera, establece un recuento de los eventos históricos significativos que le brindan al lector un cuadro mucho más claro de las condiciones sociales del país bajo el dominio colonial español. Como parte de ese trabajo, trae a colación la interpretación de la historia oficial española sobre el referido hecho histórico, con la obra de Fray Iñigo Abbad y Lasierra. Esta presenta al capitán español Juan de Amézquita dándole muerte a Balduino Enrico en combate. El traer a colación la misma resulta sumamente pertinente e interesante, pues es a partir de esta que se establece no solo una inconsistencia histórica sino una interpretación heroica de un hecho que tiene un balance distinto y que nos acerca a una interpretación ideológica de la obra.

Esta primera relación sobre el hecho histórico sirve de fundamento a la obra teatral y al establecimiento de la verdad textual. La interpretación del historiador evidentemente conforma ese tipo de visión para resaltar la cultura militar y supremacía española. Sin embargo, la Dra. Torres Hernández, al incluir y puntualizar en las interpretaciones de otros historiadores modernos, constata que Balduino Enrico, además de saquear y quemar la ciudad de San Juan, salió con lo que quedaba de su flota hacia otras Antillas, muriendo en Cuba en la provincia de Matanzas el 2 de julio 1626. Estos elementos demuestran el entrecruce entre la realidad histórica objetiva, los elementos de plasmación discursiva y la verdad textual artística. Torres Hernández concluye que la autora aprovecha de manera original y artística el acontecimiento histórico para transformarlo en todo un drama histórico romántico. La conclusión de la misma unida a otros aspectos de su trabajo, señala hacia una afinidad ideológica de María Bibiana Benítez con lo español. Sin embargo, Torres Hernández sugiere indirectamente algo muy significativo, el desarrollo de una visión positiva del sujeto

puertorriqueño (criollo). Esto se comprueba al efectuar la lectura del texto tomando en consideración las primeras expresiones de los colonizadores.

Este hecho no puede pasar desapercibido, pues, aunque la Dra. Torres Hernández se concentra un poco más en los aspectos teatrales que legitiman la obra y su relación con los discursos femeninos desde una vertiente intelectual, sus aclaraciones y citas directas sugieren esa lectura. Por un lado, demuestra que la crítica tradicional no se equivocaba del todo al adscribirle a la autora cierta afinidad con los temas españoles tradicionales, muchos pertenecientes al Siglo de Oro. Por el otro, Torres Hernández, al contrastar la crítica tradicional con la crítica moderna junto a su contexto histórico, parece proponernos el desarrollo de una visión femenina (criolla) como parte del desarrollo de un discurso de identidad nacional. Según Torres Hernández, el inicio de la misma se produce por la correlación de los conceptos de la patria y el amor humano.

De nuestra parte, el sujeto puertorriqueño o la identidad puertorriqueña en términos de conciencia política y cultural, presenta un tortuoso proceso que se relaciona obligatoriamente con elementos y hechos históricos. Para la comprensión de este hecho en el siglo XIX basta recordar las condiciones en que se produjeron los textos literarios anteriores a la aparición de *El Gibaro* de Manuel Alonso Pacheco (1849) y las diferencias con respecto al segundo tomo de la obra mencionada. De igual forma, como hecho histórico no se puede obviar la censura ejercida por el imperio español. Por lo cual, de la obra se infiere lo problemático del proceso de toma de conciencia en pos de una identidad nacional desde la perspectiva del sujeto individual (femenino), como también desde el colectivo cultural “nacional”.

No queremos decir con esto que haya existido en la época una clara identidad nacional, sino que la obra es parte de ese proceso. Por lo que uno de los méritos del texto y de la reciente edición es su función como documento histórico-literario. En la misma, el lector podrá observar la plasmación de una diferencia o punto de partida para el establecimiento mínimo de una identidad diferenciada, dado el caso de que al menos en la obra no se presenta una actitud negativa hacia lo puertorriqueño.

Al repasar la obra, la patria (puertorriqueña-española) conforma un discurso particular relacionado con el amor humano. Esto, si bien nos conduce a una exaltación de lo español, no excluye al criollo puertorriqueño (no peninsular) que, aunque subordinado, ha quedado plasmado románti-

camente como un sujeto, lo que implica una nivelación significativa desde la perspectiva estética. Torres Hernández parece sugerir que como parte de esa unidad o nivelación, que se opone a lo extranjero, existe tenuemente un discurso de lo puertorriqueño. Evidentemente, esta no es la única forma de interpretación de la obra. Tampoco debería ser una de las bases principales para establecer la legitimidad de la misma, pero siguiendo el método dialéctico el hecho de haber escogido una versión oficialista española en el 1862 levanta sospechas al respecto de la censura. Por otro lado, el establecer una unidad puertorriqueño-española cumple una función cultural que si bien puede ser resultado de la censura, puede ser parte de las tretas del débil o del estilo medio desarrollado inicialmente por Manuel Alonso que tiene como parte de los resultados el establecimiento de una tenue identidad puertorriqueña diferenciada.

Podemos llegar a esta conclusión si miramos el texto literario desde una perspectiva histórica y como documento o fuente primaria de investigación. Los especialistas en literatura puertorriqueña debemos recordar las palabras y actitudes negativas de los conquistadores españoles. Estos, si hicieron una evaluación negativa de los criollos o no peninsulares partiendo del elemento étnico (pureza de sangre) y desde una actitud imperialista, enunciaron, en la mayoría de los casos, un discurso negativo y de desprecio hacia lo insular (o lo puertorriqueño); como fueron las expresiones de Fray Damián López de Haro (1644). Las palabras del religioso, 19 años después del ataque holandés, son significativas al compararlas con el discurso romántico desarrollado por María Bibiana Benítez en la obra de teatro. Esta evade ese tipo de conflicto histórico estableciendo una afinidad entre españoles y puertorriqueños que incluye además la voz de un sujeto femenino a la fecha de 1862, lo cual se opone indirectamente a las expresiones originales del colonizador. Es decir que el tiempo transcurrido entre el hecho histórico, la versión oficialista tergiversada y heroica del mismo, junto al discurso de Fray Damián López de Haro y el desarrollo de nuestros primeros textos literarios, demuestran que todavía existía un ambiente hostil para el desarrollo de una actividad literaria plena de un sujeto distinto; aun para el grupo social de los criollos al que pertenecía la autora. La síntesis discursiva de unidad entre peninsulares y puertorriqueños (no peninsulares) mediado por el amor humano es uno de los inicios de la metáfora de la gran familia puertorriqueña, como parte del desarrollo histórico ideológico de un grupo social que a finales del siglo XIX será

cuasi-hegemónico. La obra de Benítez implica un avance si se contrasta con la obra de teatro de Pedro Tomás de Córdova: *El triunfo del trono y lealtad puertorriqueña* (1824), en la cual el conflicto político español es tratado desde una visión puertorriqueña subordinada. Esto no tiene que ser catalogado como negativo o positivo en ese tiempo histórico, sino como parte de la historia. Los procesos históricos son resultado de múltiples factores subjetivos y objetivos, al igual que los discursos estético-literarios, por lo cual la relación entre ambos es intrínseca.

Para Angelina Morfi, en su libro *Historia crítica de un siglo de teatro puertorriqueño*, María Bibiana Benítez logra un comienzo decoroso de los temas históricos isleños. De otra parte, Wifredo Braschi, no le reconoce a la obra de Benítez un mérito extraordinario, aunque sí un sitio histórico por el precedente que sienta y el camino que inaugura según reza en su libro *Apuntes para un teatro puertorriqueño*. Josefina Rivera de Álvarez en libro *Literatura puertorriqueña su proceso en el tiempo*, establece que la obra *La cruz del Morro* presenta maneras de la dramaturgia romántica dejando ver influjos que proceden del teatro clásico español. Esta última aseveración crítica nos hace recordar en el personaje de Lola algunos de los grandes personajes femeninos de las obras teatrales del Siglo de Oro como Laurencia en *Fuenteovejuna* y Rosaura en *La vida es sueño*, evidentemente salvando las distancias. La crítica en general le confiere una pertinencia histórico-documental a la obra teatral *La cruz del Morro* de María Bibiana Benítez, como parte del desarrollo teatral puertorriqueño y de nuestra literatura.

La Dra. Torres Hernández, compañera de nuestro departamento, acoge esas conclusiones de buen grado en esta publicación como parte de los esfuerzos culturales de recuperación y reencuentro con nuestro pasado y presente literario.